



Herta Müller

Todo lo que tengo lo llevo conmigo

Traducción del alemán de
Rosa Pilar Blanco

Nuevos Tiempos Ediciones Siruela

Todos los derechos reservados.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Título original: *Atemschaukel*
En cubierta: *Bird flying over barbed wire*,
foto de © Walt Seng / Workbook Stock / Getty Images

Diseño gráfico: Gloria Gauger
© 2009 Carl Hanser Verlag München
© De la traducción, Rosa Pilar Blanco
© Ediciones Siruela, S. A., 2010
c/ Almagro 25, ppal. dcha.
28010 Madrid. Tel.: + 34 91 355 57 20
Fax: + 34 91 355 22 01
siruela@siruela.com www.siruela.com

ISBN: 978-84-9841-400-4
Depósito legal: M-15.707-2010
Impreso en Closas-Orcoyen
Printed and made in Spain

Papel 100% procedente de bosques bien gestionados

Índice

Todo lo que tengo lo llevo conmigo

Sobre hacer la maleta	13
Armuelle	26
Cemento	37
Las mujeres de la cal	42
Sociedad intérlope	43
Madera y algodón	49
Tiempos emocionantes	52
Sobre los viajes	57
Sobre las personas severas	61
Unagotadesuertedemás para Irma Pfeifer	64
Álamos negros	66
Pañuelo y ratones	70
Sobre la pala del corazón	76
Sobre el ángel del hambre	79
Aguardiente de hulla	84

Zepelín	85
Sobre los dolores fantasmas del reloj de cuco	89
Imaginaria-Kati	92
El crimen del pan	97
La Madona de la Media Luna	104
Del pan propio al pan de mejilla	108
Sobre el carbón	111
Cómo se alargan los segundos	114
Sobre la arena amarilla	115
Los rusos también tienen sus recursos	119
Sobre los abetos	122
10 rublos	125
Sobre el ángel del hambre	130
Los secretos latinos	131
Bloques de escoria	138
El frasco crédulo y el frasco escéptico	142
Sobre el envenenamiento por luz diurna	148
Cada turno es una obra de arte	151
Cuando canta un cisne	153
Sobre la escoria	155
La bufanda de seda burdeos	161
Sobre las sustancias químicas	164
Quién ha cambiado el país	170
El hombre-patata	173
Cielo abajo tierra arriba	180

Sobre las variantes del tedio	182
Hermano sustituto	189
En el espacio en blanco bajo la línea	192
La cuerda de Minkowski	193
Perros negros	196
Total, una cucharada más o menos...	198
Un día mi ángel del hambre fue abogado	200
Tengo un plan	203
El beso de hojalata	204
Así eran las cosas	207
Liebre blanca	208
Nostalgia. Como si la necesitase	209
Un momento de lucidez	216
La ligereza del heno	218
Sobre la suerte del campo	221
Se vive. Pero sólo una vez	225
Algún día llegaré al pavimento elegante	230
Profundas como el silencio	237
El paralizado	238
Tienes una niña en Viena	243
El bastón	250
Cuadernos rayados	253
Soy todavía el piano	255
Sobre los tesoros	262
Epílogo	267

Todo lo que tengo lo llevo conmigo

Sobre hacer la maleta

Todo lo que tengo lo llevo conmigo.

O: todo lo mío lo llevo conmigo.

He llevado todo lo que tenía. No era mío. Era o algo destinado a otras finalidades o de otra persona. La maleta de piel de cerdo era la caja de un gramófono. El guardapolvo era de mi padre. El abrigo de vestir con el ribete de terciopelo en el cuello, del abuelo. Los bombachos, de mi tío Edwin. Las polainas de cuero, del señor Carp, el vecino. Los guantes de lana verdes, de mi tía Fini. Sólo la bufanda de seda de color burdeos y el neceser eran míos, regalos de las últimas navidades.

En enero de 1945 la guerra continuaba. Temiendo que en pleno invierno los rusos me obligasen a ir quién sabe dónde, todos quisieron darme algo que quizá tuviera utilidad, aunque ya no sirviese de nada. Porque en el mundo nada servía. Como yo figuraba irremisiblemente en la lista de los rusos, todos me dieron algo y se reservaron su opinión. Y yo lo acepté, y a mis diecisiete años pensé que la partida venía en el momento adecuado. No debería ser la lista de los rusos, pero si las cosas no salen muy mal, será incluso buena para mí. Yo quería marcharme de ese dedal de ciudad donde hasta las piedras tenían ojos. En lugar de miedo sentía una oculta impaciencia. Y mala conciencia, porque la lista que desesperaba a mis allegados era para mí una circunstancia aceptable. Ellos temían que me sucediera algo lejos. Yo quería ir a un lugar que no me conociera.

A mí ya me había sucedido algo. Algo prohibido. Era extraño, sucio, vergonzoso y hermoso. Sucedió en el Erlenpark, muy al fondo, al otro lado de la colina de hierba. De regreso a casa me dirigí al centro del parque, al templete redondo donde tocaban las orquestas los días festivos. Me quedé un rato sentado dentro. La luz pasaba a través de la madera finamente tallada. Vi el miedo de los círculos vacíos, cuadrados y trapecios, unidos por arabescos blancos con garras. Era la muestra de mi confusión y del espanto que reflejaba el rostro de mi madre. En ese pabellón me juré a mí mismo: Jamás volveré a este parque.

Cuanto más me alejaba, más deprisa regresaba: a los dos días. A la cita, así lo llamaban en el parque.

Fui a la segunda cita con el mismo hombre de la primera. Se llamaba LA GOLONDRINA. El segundo fue uno nuevo, apelado EL ABETO. El tercero se llamaba LA OREJA. Después vino EL HILO. Luego, LA OROPÉNDOLA y LA GORRA. Más tarde LA LIEBRE, EL GATO, LA GAVIOTA. Después, LA PERLA. Sólo nosotros sabíamos a quién pertenecía cada apelativo. En el parque se practicaba un intercambio desenfrenado, y yo dejaba que me pasaran de uno a otro. Era verano y los abedules tenían la piel blanca; en la maleza de jazmines y saúcos crecía una pared verde de follaje impenetrable.

El amor tiene sus estaciones. El otoño ponía fin al parque. Los árboles se quedaban desnudos. Las citas se trasladaban, junto con nosotros, a los baños Neptuno. Junto a la puerta de hierro colgaba su emblema ovalado con el cisne. Cada semana me encontraba con uno que me doblaba la edad. Era rumano. Estaba casado. No diré cómo se llamaba, ni tampoco cómo me llamaba yo. Acudíamos a diferentes horas; la cajera en la vidriera emplomada de su cubículo, el brillante suelo de piedra, la redonda columna central, los azulejos de la pared decorados con nenúfares, las escaleras de madera tallada no podían concebir la idea de que habíamos quedado. Íbamos a la piscina a nadar con los demás. Sólo nos encontrábamos en la sauna.

Por aquel entonces, poco antes del campo de trabajo y también después de mi regreso hasta 1968, cuando abandoné el país, me habrían condenado a pena de cárcel por cada cita. Cinco años como mínimo, si me hubieran pillado. A algunos los pillaron. Los llevaban directamente del parque o del baño público a la cárcel, tras unos interrogatorios brutales. Y de allí al campo de castigo emplazado junto al canal. Del canal no se volvía, hoy lo sé. Quien a pesar de todo regresaba lo hacía convertido en un cadáver ambulante. Envejecido y aniquilado, perdido ya para el amor en el mundo.

Y mientras estuve en el campo de trabajo..., si me hubieran pillado, me habría costado la vida.

Tras los cinco años en el campo de trabajo vagabundaba día tras día por las tumultuosas calles ensayando mentalmente las mejores frases por si me detenían: SORPRENDIDO EN FLAGRANTE DELITO... Preparé mil excusas y coartadas contra este veredicto de culpabilidad. Llevo un equipaje de silencio. Me he rodeado de un silencio tan hondo y duradero que nunca acierto a abrirme con las palabras. Cuando hablo, solamente me cierro de otra manera.

En el último verano de citas, para alargar el retorno a casa desde el Erlenpark, entré por casualidad en la iglesia de la Santísima Trinidad de Grosser Ring. Esta casualidad desempeñó el papel del destino. Vi el tiempo venidero. Junto al altar lateral, sobre una columna, estaba el santo con una capa gris y una oveja sobre los hombros a modo de cuello de la capa. Esa oveja sobre los hombros es el silencio. Hay cosas de las que no se habla. Pero sé de qué hablo cuando digo que el silencio en los hombros es distinto al silencio en la boca. Antes, durante y después de mi etapa en el campo de trabajo, a lo largo de veinticinco años, he vivido atemorizado por el Estado y la familia. Por la doble desgracia que supone que el Estado me encierre por delincuente y la familia me excluya por ser una deshonra. En medio del tránsito de las calles me miré en el espejo de los escaparates, en las ventanas de tranvías y edificios, en fuentes y charcos, preguntándome, incrédulo, si no sería transparente.